

# Alfonso Batalla, fotógrafo por vocación, notario de profesión

Foto: © Emilio Muñoz.



## «El arte es mi vocación»

**M**adrileño de nacimiento, Alfonso Batalla reside en Bilbao, donde, salvo pequeños paréntesis, ha centrado su actividad como notario. Artista por vocación, después de algunos escarceos con la escultura se entregó apasionadamente al mundo de la fotografía, disciplina que le ha recompensado el esfuerzo, hasta ser reconocido en ese campo como uno de los grandes nombres del panorama nacional.

**JUAN ANTONIO LLORENTE**  
✉ jaelle@aprensamadrid.com

—**Aquella fotografía que Godard afirmaba ser la verdad, usted la ha calificado “como única disciplina del arte que tiene a la mentira como elemento implícito...”**

**¿Hablamos de cosas distintas?**

—Hablamos de lo mismo. Posiblemente la verdad no existe. Es una apreciación personal de una realidad, distinta en cada uno. Desde el momento en que la fotografía reduce todo a dos dimensiones eliminando la temporal, es una gran mentira, porque aparenta ser verdad. Aunque los juristas decimos que la realidad es tozuda y no se puede torcer, en fotografía la torcemos hasta crear algo con tremenda apariencia de realidad que sin embargo, precisamente por eso, es más falsa.

—**Hay manipulación, quiere decir...**

—La manipulación, física, digital o lo que sea, existe siempre. La simple eliminación del tiempo es una manipulación importantísima, porque vivimos en el tiempo. La fotografía no tendría un complemento artístico si sólo reflejara la realidad.

–Esa alteración, ¿sería el paso que convierte la fotografía en arte?

–La clave del arte siempre es el lenguaje. En el lenguaje hablado, las sílabas se combinan en palabras, que tienen un sentido. La fotografía no puede hacer eso: toma la realidad y la refleja tal como es. Sin embargo, a medida que evoluciona empieza a tener esas dosis de *indexicalidad* o ambigüedad: voy a decir algo en la fotografía, y utilizando para ello una serie de elementos consigo que lo que estoy viendo pueda tener distintos sentidos para el espectador. Eso es lo que dota a la fotografía de un componente de lenguaje artístico, que gira en torno a una serie de signos, de metáforas.

**«Desde el momento en que la fotografía reduce todo a dos dimensiones eliminando la temporal, es una gran mentira»**

–¿Ha apostado abiertamente por lo digital?

–He hecho fotografía toda mi vida. Hasta que en los años 90, al ver que el resultado de un viaje que me ilusionaba fueron un montón de rollos que el laboratorio me devolvió mal, fui a una conocida tienda de Bilbao, entregué mi equipo y me llevé una cámara compacta para recordar momentos familiares. Volví a hacer

fotos cuando las cámaras digitales tuvieron suficiente calidad, porque si es cierto que lo digital puede haber convertido a todo el mundo en fotógrafo, lo que ha hecho ha sido democratizar la fotografía desde el momento en que eres tu propio laboratorio. Antes, la diferencia de tener laboratorio propio o que trabajasen para ti a no tenerlo, era brutal. Ahora con tu ordenador lo suples. El control del proceso por el propio fotógrafo es absoluto. En mi caso, quiero intervenir personalmente hasta llegar al, digamos, fichero digital final previo a la impresión. Parte de mi proceso de creación artística es esa reelaboración.

–¿Sería arte para usted desde la concepción?

–El sistema de fotografía hoy necesita dos momentos de inspiración: uno para la captura y otro para el procesado. A veces estoy trabajando en el ordenador con imágenes que sé que son potentes, y como no doy con la clave para trabajar con ellas, debo esperar una segunda oportunidad.

–La obra se rebela, como en cualquier otra manifestación artística...

–Exactamente así es. Se rebela y te revela a ti lo que debes hacer con ella. Hasta que surge ese punto creativo: ese “Eureka” que es el encaje de las piezas, y que proviene de tu trabajo. No es algo que te ocurra en el autobús, en la bañera o durmiendo la siesta. Las piezas de



## Dónde encontrarle:



Si no en su despacho de la Gran Vía bilbaina, lo encontraremos cámara en ristre en lugares inverosímiles: un edificio derruido, una mina abandonada o el antiguo enclave soviético en el Polo Norte, del que acaba de regresar. Su obra es otra cosa: fuera de temporada de grandes ferias internacionales en las que su nombre es familiar, puede admirarse en colecciones públicas y privadas o en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. También en los catálogos de su galerista ([www.galeriavanguardia.com](http://www.galeriavanguardia.com)) y en su propia página ([www.alfonsobatalla.com](http://www.alfonsobatalla.com)). 





repente encajan, porque estás generando nuevas herramientas que las hacen encajar. Si no lo ves claro, lo mejor es almacenar esas imágenes recordando dónde están para trabajarlas más tarde.

**–Hace años David Hockney apostaba por la Polaroid. Que haya insistido en la fotografía, ¿la potencia como arte frente a los más escépticos?**

–Cuando ves lo que Hockney ha hecho con un Ipad alucinas en colores. La exposición que presentó el Guggenheim es impresionante. Nadie puede tener duda cuando ve eso, de que es arte. Además con un lenguaje muy poderoso, que dice muchas cosas. Gran parte de los escépticos lo son, porque nunca han ido a verlo.

**–En ese proceso conceptual que defiende, ¿qué pesa más a la hora de abordar una obra: la literatura, la pintura, la filosofía...?**

–Partiendo de que soy bastante cenestésico, en mi tra-



bajo pesa mucho la música, el único arte abstracto, porque no existe en la Naturaleza. Muchos de los espacios que fotografío me evocan obras musicales. Y muchas veces, a la hora de hacer un libro o un catálogo, intento construirlo como una suite en la que haya disonancias, alternando fotografías que en alguna medida rompan la línea que obligue al espectador a volver a la melodía que conoce. Empleo muchas técnicas musicales, tanto en la captura como en la producción de series de obras, de exposiciones. Acertaré o no, pero está muy meditado. Decía un amigo que un libro con cien fotografías igualmente buenas, es un rollo insoportable. Debes meter algunas malas que, rompiendo la línea, te lleven a preguntarte qué hacen ahí, para pasar a la siguiente página a reencontrar el discurso.

**–¿Qué maestros, reales y virtuales, reconoce en su creación?**

–Los maestros reales, de los que más he aprendido en lo relativo a técnica, pero sobre todo en aspectos de creatividad, son Aitor Ortiz y Javier Vallhonrat. Me han ayu-

dado mucho desde el punto de vista fotográfico; Javier también desde el creativo, porque es un gran experto. Luego, otros fotógrafos me han gustado, aunque me ha resultado difícil aceptar el discurso de la fotografía contemporánea, porque me cuesta eliminar la plasticidad o la belleza de la obra. Discutiendo alguna vez con Javier decíamos que pasa como con la música no tonal. Supuso una gran revolución, pero a nadie nos gusta escucharla (sonríe). Hay obras rupturistas, que en una disciplina del arte suponen un paso innegable y, sin embargo, no sé si en sí mismas valen tanto.

**–Como espectador de fotografía, ¿es crítico con sus contemporáneos?**

–Por lo general, no. Siempre bromeo diciendo que cuando vamos a ARCO todo nos parece malo salvo si hay obra nuestra colgada. Entonces alabamos la calidad de la feria ese año. Yo no comparto esa mirada. Quien ve la fotografía desde un punto de vista técnico, no es un consumidor

**«Lo digital ha democratizado la fotografía desde el momento en que eres tu propio laboratorio»**

de arte. Hay dos modos de verla: el del fotógrafo y el del artista. El primero busca qué está mal: va a los defectos. Si aislándose del aspecto técnico la contemplas como obra artística, hay cosas que dejan de tener importancia. Yo no puedo prescindir de la técnica, porque la ambigüedad de mi fotografía se basa en la captación de imágenes muy frías pero muy bellas en espacios incoherentes, en descomposición o deteriorados, pero hay quien puede

generar una sensación artística poderosísima sin tantos recursos técnicos. Cuando encuentro a alguien que los utiliza y consigue una calidad magnífica, con un mensaje que me llama la atención y me llena, quedo impresionado. Lo han logrado obras de Vallhonrat, Hiroshi Sugimoto y muchos otros, como Andrea Gursky, Thomas Ruff, Thomas Struth. Todos de esta especie de neodocumentalismo o neorealismo conceptual que surge de la escuela de Düsseldorf.

**–¿El fotógrafo apoya al notario o viceversa?**

–Ha habido momentos para todo. Lo normal es que el notario apoye al fotógrafo. Entre otras cosas por conocer a mucha gente, que a lo largo de los años te puede ayudar, proponiéndote, por ejemplo, espacios. Pero hemos atravesado diez años muy duros y complicados en los que, curiosamente, seguía vendiendo obra, mucha fuera de España, y no me venía mal. Económicamente, es muy difícil vivir de la fotografía artística. Quien tiene obra suya en los museos, salvo la docena de genios contemporáneos que no sabemos cómo funcionan, viven de hacer trabajos fotográficos, ser catedráticos, dar clases, impartir

**«La ambigüedad de mi fotografía se basa en la captación de imágenes muy frías pero muy bellas en espacios incoherentes»**



cursos, hacer libros, o fotografiar el seguimiento de obras para grandes constructoras. Sólo de fotografía artística sería imposible, salvo que aceptes una vida muy irregular. Porque hay años en los que vendes mucho y otros, nada.

**—¿Cómo compatibiliza despacho y fotografía?**

—Quitándole horas a los días, aunque necesitaría un par de ellas más. Ahora, al no estar sólo en el despacho cuento con más capacidad para moverme y no lo tengo tan difícil. Luego, hay que pensar en la luz que preciso para el tipo de fotografía que hago: pronto por la mañana o a partir de las siete de la tarde y los fines de semana. Últimamente fotografío menos. Desde hace unos años estoy centrado en proyectos que me interesan mucho y salgo bastante fuera. Acabo de pasar una semana en Svalbard, en Noruega, fotografiando antiguas explotaciones rusas en el Círculo Polar Ártico, dando una vuelta más de tuerca a un trabajo que empecé en Ucrania. Lo he podido compatibilizar como tiempo robado a mis vacaciones. ¡No disfruto un mes libre desde hace 30 años!

**—¿Cuáles son sus aspiraciones más inmediatas en la fotografía?**

—Me gustaría hacer más cosas. Como todos los fotógrafos, comparto ese complejo de querer entrar en los museos, pero es complicado, porque hay mucha gente muy buena por ahí. En cuanto a la repercusión, tendría que hacer algo más desde el punto de vista internacional. Y ese tema me tiene un poco descorazonado. Ves a la gente recorriendo galerías con su portfolio y nadie les hace caso. El sistema de galerías y comisarios no quieren que tú te acerques. Piensan que descubrir una obra tuya por casualidad forma parte de su trabajo. Ahora me he tomado casi unas vacaciones de trabajo en el sentido “comercial” y cuando digo trabajo, me refiero al artístico. Estoy menos preocupado por mi próxima exposición que por centrar una parte de mi labor en tres líneas que me tienen muy absorbido, y no me voy a mover mucho hasta que termine, o al menos hasta que tenga el equivalente a dos o tres exposiciones mentalmente terminadas. Para mí el arte es algo que necesito psicológicamente. No es algo que necesariamente me relaje. Me lo tomo como un trabajo en el sentido de que todo artista quiere que su obra se vea; para que esto suceda, alguien la tiene que colgar, y para que la cuelgue debe ser vendible. Eso te obliga a mantenerte activo. Cuando quiero relajarme, toco el piano; no hago fotos. ●